

86
143

La Riqueza

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

Salvador Aragón

Estrenado con gran éxito en el teatro Bretón de los Herreros, de Logroño,

la noche del 14 de abril de 1908



LOGROÑO:

IMPRENTA MODERNA

—
1908

4 FEB. 1992

LA RIQUEZA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

SALVADOR ARAGÓN

Estrenado con gran éxito en el teatro Bretón de los Herreros, de Logroño,

la noche del 4 de abril de 1908



LOGROÑO:

IMPRENTA MODERNA

1908



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

R. 8811

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA (hija de Felipe y Dolores; 20 años) . . .	SRTA. LAS HERAS
DOLORES (45 años)	SRA. ANAYA
RAFAEL (obrero; 25 años)	SR. LA RIVA
FELIPE (riquísimo industrial; 49 años)	SR. VIÑAS
FERNANDO (aldeano acomodado, padre de Felipe; 75 años)	SR. SOLER
EL DUQUE DEL LLANO (45 años)..	} aristócratas } arruinados. SR. ARIÑO
EL M. DE VILLA-BLANCA (25 años)	
UNA CRIADA	SRTA. GARCÍA
UN CRIADO.	SR. AMORÓS

LA ACCIÓN EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL

LA RIQUEZA

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Felipe, decorado muy
lujosamente

ESCENA PRIMERA

MARÍA Y DOLORES (Sentadas y trabajando en labor de costura.
Visten trajes de casa, bastante modestos).

DOLORES Vaya hija, recojamos la labor. Llama á la
 doncella para que se la lleve. (María hace so-
 nar un timbre, viene la doncella y le entrega la ropa).
MARÍA Tienes razón. Es la hora de que vuelva mi
 padre y si nos vé en esta faena nos expone-
 mos á un disgusto.
DOLO. No faltaba más.
MAR. ¡Habría que oírle! (imitando á su padre). «A
 vosotras solo se os ocurre malgastar el tiem-

- DOLO. po en hacer vestidos para los hijos de los obreros. Vaya un *sport* que habéis elegido».
- MAR. Efectivamente. Para tu padre no hay nada de buen tono fuera de los *sports*. El automóvil, la escopeta, el caballo. ...
- DOLO. Es una monomanía. Su automóvil de carreras es casi el único que anda por esos mundos de Dios en pleno invierno, y su escopeta, es la que más hace el gasto en primavera en el tiro de pichón.
- MAR. Y cuenta con que á sus cuarenta y nueve años....
- DOLO. No lo cuenta el día menos pensado. O coje una pulmonía, ó se lleva un batacazo del que no le queda hueso sano.
- MAR. ¡Pchs! Valiente cosa le preocupa lo que pueda sucederle.
- DOLO. Ya lo sé. Es la moda, y morir por la moda es un *bel morire*.
- MAR. Si hija. El canto á la intrepidez y á la fuerza resuena actualmente en los dorados salones, y el olor de la gasolina y de la pólvora es ahora más agradable que el de los más exquisitos perfumes.
- DOLO. Ser fuertes, aunque perfectamente inútiles. Esa es la consigna dada por la flor y nata de la nobleza y que fielmente sigue la numerosa y distinguida *recua*. Y ahí tienes á muchos grandes de España y á muchos que aspiran á serlo con sus músculos siempre en ejercicio y con su cerebro siempre en reposo.
- MAR. ¡Inteligente juventud!
- DOLO. De seguir así, con el tiempo se ganará la distinción como los mozos de los pueblos cobran el barato: á fuerza de puños.
- MAR. ¿Y si al menos esos *sports* no fueran un peligro constante para la vida y una sangría suelta para el bolsillo?
- DOLO. Entonces no existirían. Esa es casualmente la razón de su existencia y el mayor de sus atractivos. No estar al alcance de todas las

fortunas, ni de todos los temperamentos y dar patente de bravo y de poderoso al que los ejercita.

DOLO.

Es verdad.

MAR.

Al que atraviesa Europa en su automóvil en menos tiempo que los más rápidos express, se le supone un gran valor y un gran bolsillo. Y su presencia arranca murmullos de admiración, como pudiera arrancarlos la presencia de una gloria nacional.

DOLO.

Ya lo creo.

MAR.

¡Ahí es nada! ¡Ser campeón de un ejercicio! ¿Que hace falta para conseguirlo en las carreras de automóviles, un automóvil de muchos caballos? Pues caballos, caballos, como dicen que grita el público de las plazas de toros.

DOLO.

¡Dichosos *sports*!

MAR.

Han llevado la intranquilidad á las familias y han de ser causa de muchas desgracias.

DOLO.

¡Cuántas lágrimas me cuestan y cuántas me costarán! (Levantándose y mirando hacia la calle).

MAR.

Sí. Pero debes tener más calma.

DOLO.

No puedo. Desde que tu padre sale de paseo hasta que regresa, estoy llena de miedo. Me figuro que á cada instante va á aparecer un criado anunciando que el señor se ha causado algunas heridas sin importancia, aunque después lo traigan medio muerto. (Se acercan con ansiedad á la puerta del fondo y se ponen á escuchar).

MAR.

Calla. Parece que se oye ruido. (Pausa).

DOLO.

¡Dios mío! Si será él y vendrá sano y salvo.

ESCENA II

DICHOS, FELIPE, EL DUQUE DEL LLANO Y EL MARQUÉS
DE VILLA-BLANCA

(Entran primero el Duque del Llano y el Marqués de Villa-Blanca, y un momento después Felipe, los tres con trajes de automovilistas).

DUQ Y MARQ. ¡Señoras! (Las saludan muy afectuosamente, pero ellas contestan distraídas y sin apartarse de la puerta del fondo, preocupadas por ver á Felipe).

FELI. ¡Hola! Las dos en la puerta y de seguro impacientes...

DOLO. No lo podemos remediar.

FELI. Y por eso sin duda me aguardais como una madre al chico que tarda en volver de la escuela y cree perdido en los mil peligros que hay en toda gran ciudad.

MAR. ¿Qué quieres! Tememos siempre que te ocurra una desgracia.

FELI. Haceis mal en temerlo. Preguntadle á estos amigos por la hazaña de hoy.

VILLA. ¡Oh! ¡Digna de ser conocida y digna de ser admirada!

DEL LLA. Figúrense ustedes el *Mercedes* de carreras con una marcha de cien kilómetros por hora. De repente, en una revuelta del camino que suponíamos libre de todo peligro, porque avisaba sin cesar la bocina, un toro cruza tranquilamente la carretera. Estamos á muy pocos metros del animal y es imposible parar porque antes de conseguirlo hubiéramos chocado con él. Hay que girar rápidamente hacia la izquierda para evitar el encuentro con el toro, y hay que girar en el instante

hacia la derecha para que el automóvil no se despeñe por el precipicio. Felipe realiza la maniobra con una precisión admirable, en un segundo. Quizás sin darse cuenta. Sentimos una fuerte trepidación como si fuera un quejido de la máquina que casi nos arranca de los asientos... Después... queda salvado el peligro y continuamos nuestra vertiginosa carrera.

VILLA. ¡Oh! Colosal. Extraordinario. Esta noche no se hablará de otra cosa en el Club. (Con acento de desesperación). ¡Y yo que no he podido presenciarlo! Quisiera haber ido, aunque fuese en el estribo, y aunque en la maniobra hubiera sido arrojado por el talud de la carretera.

DOLO. (Sonriéndose). Es interesante la hazaña, pero es más interesante la desesperación de Villa-Blanca por no haberla podido presenciar.

MAR. Creo, mi querido Marqués, que por mucho que torturase usted su imaginación no acertaría á poner su vida al servicio de peor causa.

VILLA. Señora. Ser mártir del automovilismo le parece á usted sacrificio estéril? El martirio del siglo veinte.

MAR. Un martirio del género ínfimo.

FELI. ¡Bah! No hagan ustedes caso de lo que digan estas implacables censoras de nuestras aficiones.

VILLA. Pues si yo les contara lo que venía pidiendo á Dios.

DOLO. ¿El qué?

VILLA. Una primavera como la pasada que no nos deje un día sin sesión de tiro.

LLA. Días serenos, de sol espléndido como aquellos.

FELI. Ya lo creo, entonces, estábamos de verdadera enhorabuena.

DOLO. Ustedes sí. Pero millares de seres estarían de verdadero pésame.

- VILLA. ¿Por qué?
DOLO. Porque el año pasado la sequía agostó sus campos y se quedaron sin pan. Y si este año sucediese lo mismo.....
- VILLA. ¡Bah! No me acordaba yo de tal cosa...
MAR. Estos señores olvidan que en esa época tiene que ponerse el cielo muy negro, para que la tierra no se ponga mucho más negra. (Con mucha intención). Como ustedes tienen aseguradas sus cosechas.....
- VILLA. (Con gesto desagradable). Efectivamente. (Aparte al Duque). Esta niña las coloca en los mismos rubios, pero si no fuera por tí, á mí no me ponía el segundo par.
- FELI. ¿Han visto ustedes el interés que despierta la próxima carrera internacional París-Bordeaux?
- VILLA. Si. Pero para nosotros lo despertaría mucho mayor, si usted se inscribiese en ella.
- LLA. Tienes razón. Debe usted prepararse para esa carrera. ¡Qué honor para España si llegase el primero!
- MAR. Sí, padre, prepárate. Porque ya va siendo hora de que los españoles lleguemos los primeros á alguna parte. Ya saben ustedes el dicho de los italianos: «Ven muerte, de España, que vendrás tarde».
- VILLA. Vaya. Ya han oído ustedes la indirecta. María quiere decirnos que ahora estamos resultando nosotros españoles de pura cepa, porque si seguimos charlando llegaremos tarde á la comida que hoy nos dan en esta casa.
- LLA. Tienes mucha razón.
DUQ Y MARQ (Se ponen los anteojos y se echan la especie de casquete que cubre la cabeza como si fueran á montar inmediatamente en automóvil. Se despiden). Señoras, hasta luego. Adiós Felipe. (Felipe les acompaña hasta la puerta).
- VILLA. (Van pronunciando estas palabras con cierta solemnidad y á medida que se alejan). ¡Qué sangre fría!

LLA. ¡Qué intrépidez!
VILLA. ¡Qué vista! (Salen el Duque y Marqués por la puerta del fondo).
DOLO. Cómo se burlan estos aristócratas de mi marido.
MAR. Y mi padre sin conocerlo.

ESCENA III

MARÍA, DOLORES, FELIPE Y FERNANDO

FER. (Entrando de prisa y bastante azorado). ¡Caramba! Que susto me han dado esos señores que encontré en el pasillo.
MAR. ¿Pues? (Le coge las manos con mucho cariño).
FER. Como estabais solas, y como no veo apenas, de pronto creí que eran tres enmascarados que habían entrado á robar.
FELI. Vaya, padre, ya empiezas con tus bromas.
FER. (Fijándose en Felipe). Calla, pues tú también, hijo mío, estás primoroso con ese trajecito. Si vas así al pueblo huye de tí la gente, como del mismísimo demonio.
FELI. (Algo incomodado). Déjate de gracias, padre. (Fijándose en María y Dolores). Y vosotras, bien podíais no haberme afrentado con esos vestidos, que ni las doncellas se los pondrían si se los dieseis.
MAR. (Con timidez y queriendo disculparse). Como habíamos dado orden de no recibir á nadie, y como con esos trajes tan lujosos que nos mandan de París dá pena hacer cualquiera faena de la casa...
FELI. (Enfadado). ¿Pero no os tengo dicho que la verdadera señora no debe ocuparse de nada?
FER. (Irónicamente). Sí. Debeis estaros brazo sobre

brazo, como las vírgenes necias. ¡No puedo oír con calma ciertas cosas! Yo, en cuanto llego á casa, me quito la ropa nueva y á trabajar aquí y allá.

FELI. Pero tu eres un aldeano acomodado, y en tí no chocan esas costumbres lugareñas.

FER. ¡Hola! ¡Hola! ¿Y á tí de dónde te viene el señorío?

FELI. Mira padre, no me mortifiques más con tus tonterías

FER. Pues mira hijo, no nos mortifiques tú tampoco con tu maldito genio, que cada día va á peor. Lo que es si piensas que porque refunfuñes, se me ha de podrir en el cuerpo lo que tenga que decirte, estás fresco.

FELI. (De mal humor). Y dale. Vaya, voy á ponerme el frac, y al instante soy con vosotras. (Sale).

FER. Vete, vete, que si yo no estuviera en esta casa, estas pobrecitas no habrían de poder ni respirar.

MAR. (Cogiéndole las manos con mucho cariño). No tanto, abuelo.

ESCENA IV

MARÍA, DOLORES Y FERNANDO

FER. Creedme. Estoy convencido de que en este Madrid se trastorna todo el mundo. Porque ¿quién me había de decir que mi hijo, el antiguo dependiente de comercio, hombre trabajador y económico como el que más, había de abandonar sus negocios por el automóvil y por la escopeta, sin temor á los gastos que lleva consigo su manejo diario?

DOLO. Desengáñate, Fernando, que hay gastos que

no duelen, y si á tu hijo no le causan mella los que le ocasionan sus nuevas aficiones, es porque en todo cuanto hace, lleva un fin preconcebido. No será difícil que quiera ennoblecer sus productos industriales, y el blanco á donde vayan á parar sus tiros sea tu propia persona. (Señalando á María).

MAR.

Según eso, ¿crees tú que alguno de esos amigos de mi padre...?

DOLO.

Si lo creo. Y lo peor del caso es que esa banda de ilustres cazadores de dotes, elige tan bien el campo de sus operaciones, y tiene tal poderío sobre sus víctimas, que únicamente se estrellan sus calculadas asechanzas allí donde imperan la cordura y el buen juicio. Ya sabéis que en las clases de linajuda prosapia, constituye un baldón de ignominia el descender del rango de sus antepasados. ¡Consentir que durante el octavo duque, por ejemplo, se inicie y consuma la ruina de la casa ducal! ¡Ah! ¡Eso nunca!

MAR.

¡Y habiendo un medio tan sencillo de evitarlo! Ahí están esos poderosos comerciantes que considerarían como algo muy bochornoso el haberse dejado engañar en su vida por valor de una peseta, y sin embargo entregan al primer aristócrata el fruto de una existencia entera de trabajo y privaciones, y muchas veces la felicidad de sus seres más queridos.

FER.

(Con amargura). ¡Y todo por la vanidad!

MAR.

(Con expresión de pena). ¡Todo por una torpe ambición! El que tiene dinero, ansía honores, nobleza... subir más, cueste lo que cueste. ¿Que la ascensión es penosa y en ella hay que sacrificar la dicha de las personas de mayor cariño? No importa... arriba. El caso es que los demás nos contemplan desde gran distancia con admiración y envidia.

DOLO.

Sí, hija. Son estos tiempos que alcanzamos de encarnizada lucha y de refinado egoismo, y

en los que nadie está contento con lo que tiene. El malestar se ha apoderado de todos, y todos jadeantes se combaten por adquirir más posición, sin compadecerse para nada de las víctimas que van dejando en su camino.

FER. ¡Oh, la compasión! Es carga muy pesada para subir en el mundo.

DOLO. Y si nó, que lo diga mi marido. Sueña con la grandeza y no descansará, ni dejará de utilizar medio alguno, hasta que logre señcrío para su alcurnia. No concede su amistad, sin asegurarse antes de que la persona es noble por sus cuatro costados.

FER. Por eso sin duda me mira á mí por debajo del hombro. Se conoce que estos avíos (señalando su traje) dan aquí la nota plebeya, y que yo le hago un mal tercio permaneciendo en su casa. Está visto que quiere separarme de vuestro lado; pero no lo conseguirá.

MAR. Sin embargo, no le des motivo con tus bromas para que haga un disparate, porque mi padre es capaz de arrollar á cuantos se opongan á sus propósitos.

DOLO. Además puede cualquiera contrariedad ser causa de que se altere su salud, y le repita un nuevo ataque al corazón. Felipe es un cardíaco, al que hay que evitar toda clase de emociones fuertes y no contradecirle en nada, ya que él, por más que le aconsejamos, no quiere privarse tampoco de nada de cuanto le perjudica. (Entra Felipe).

MAR. Ya viene... ¡Jesús que poco ha tardado en vestirse!

ESCENA V

MARIA, DOLORES, FERNANDO Y FELIPE

FELI. (Muy satisfecho). Aquí me tenéis vestido como por arte de magia. En dos minutos me he puesto el frac...

MAR. Es cierto.

FELI. Como quería hablar con vosotras antes de que vinieran los convidados, me he dado prisa. (Pausa) Estamos de enhorabuena. Tengo que daros una noticia, que creo os causará la misma satisfacción que á mí.

FER. Veamos...

FELI. El duque del Llano, persona formal, gran amigo mío, y uno de los títulos de la más rancia aristocracia española, quiere entrar á formar parte de nuestra familia. (Muestras de disgusto en los tres). (Pausa) ¿Qué? ¿Parece que os ha disgustado la noticia?

MAR. (Bastante contrariada y temerosa de disgustar á su padre). La verdad padre..... nos ha sorprendido bastante. El duque me dobla los años. (Animándose). En nuestros gustos hay todavía más distancia que en nuestras edades..... Nuestros caracteres no congenian mucho..... Ni creo, padre, que ese sea el hombre que haya de hacerme feliz

FER. En suma: que esa boda es un descabello, y que tú no tienes derecho á contrariar tan en absoluto la voluntad de tu hija.(Enfadado).

FELI. El mismo derecho por lo menos que tú tuviste cuando yo era un niño, para arrancarme de la aldea, bien á pesar mío, con el fin de que me creara una posición en el mundo. (Pausa). La madre del duque, dará en la tarde

- del día uno de enero una fiesta en nuestro honor, y después de ella será pedida tu mano, pues ya sabeis que esa señora, por su avanzada edad y muchos achaques, no puede venir á nuestra casa á cumplir tan agradable misión.
- DOLO. ¿Y no podrías retrasar algún tiempo ese paso tan decisivo? Siquiera para que los novios se tratasen algo... Van á decir que las negociaciones han ido como en automóvil.
- FELI. No. El compromiso formal ha de quedar contraído en ese día. Después, en los dos ó tres meses que dure el arreglo del palacio ducal, y la confección del *trousseau*, que como dice muy bien del Llano, son los actos más transcendentales del matrimonio, podeis trataros cuanto querais, por más que él es persona muy seria á quien no gusta perder el tiempo en chicleos y niñerías.
- MAR. El caso es que el día primero tenemos que asistir á la distribución de premios del asilo de niños, y al reparto de pensiones de la Caja de retiros, porque como Presidentas honorarias que somos, nos hemos comprometido con la comisión de obreros que vino esta mañana á invitarnos.
- FELI. Pues que se aguanten los obreros, y que se hundan esas asociaciones, que nada se perdería con ello. Lo primero es lo primero.
- FER. ¡Chist! Puede haber un arreglo, y quedar todos contentos. Los ancianos, ó sea vosotros dos (señalando á Felipe y á Dolores) y el novio, al palacio ducal; y la juventud, ó sea mi nieta y yo, á la fiesta obrera.
- FELI. (Enfadado). Tú puedes ir donde quieras. Nosotros tres iremos donde yo he dicho. Y ahora voy un momento á leer el último número de *Les Sports Modernes*, y vosotras á poner los atavíos de sociedad, que no tardarán en venir los comensales. (Sale Felipe por una de las puertas laterales).

ESCENA VI

MARÍA, DOLORES Y FERNANDO

MAR. (Con acento de intensa pena). ¡Madre mía! No puedo más. He hecho un esfuerzo sobrehumano para contener mi dolor. Yo no puedo casarme con un hombre que casi tiene la edad de mi padre; con un hombre á quien no quiero ni puedo querer, no. Yo no me caso sin amor. (Con gran energía). ¡Eso nunca! Si las lágrimas son la única arma con que cuenta nuestra debilidad, yo lloraré al duque, á mi padre, á esa anciana señora. Si son las riquezas lo que se busca, yo daré al duque por quedarme libre cuanto poseo.

DOLO. Sueñas, hija de mi alma. ... Tus lágrimas sólo servirán para exasperar el duro carácter de tu padre, y para mostrarte la indiferencia del duque y de su madre. Sus acciones obedecen á un frío cálculo, y nada les enternece, ni les moverá á compasión..... Es posible que tengan ya descontado tu sacrificio. En cuanto á tus riquezas..... ¿Dónde están? ¿Qué es lo que tú posees?

MAR. (Con gran desconsuelo). ¡Es cierto! (Con alguna esperanza). ¿Pero vuestro inmenso cariño no ha de encontrar nada para salvarme? Sí. Dadme esa esperanza al menos. Llamad á Rafael, y así, unidos los cuatro, defendéremos con más entusiasmo nuestra causa. ¡Pobre Rafael! ¡Qué impresión tan horrible le vá á causar la noticia al desgraciado huérfano! El, consagrado siempre á procurar el bien de sus semejantes, no consigue un momento de felicidad para sí. ¡Ah! ¡Indudable-

mente el destino tiene crueldades inconcebibles!

DOLO.

Pero María, no hay que perder por completo la esperanza. Muchas veces, después de una gran cerrazón del firmamento, y de furiosos temporales que parecen acabar con el planeta, vienen días radiantes de luz, de puro y tranquilo ambiente, tan hermosos como los mejores que haya visto la tierra. A tus años, el momento presente abrumba con sus pesares, ó enloquece con sus alegrías sin ver el más allá; pero cuando se ha vivido tanto como yo, se sabe por experiencia que los cambios son muy frecuentes, y que el placer y el dolor se suceden como las estaciones del año, aun cuando sean siempre las penas de más duración que las felicidades.

FER.

Sí, chiquilla. A lo mejor un hecho pequeño, insignificante, influye lo que tú no puedes figurarte en la suerte de las personas y en la situación de las familias. Además ¿quién sabe lo que puede ocurrir hasta el día que se celebre la boda? Del mismo camino por el que el condenado á muerte iba á cumplir su terrible sentencia, ha vuelto con vida. Del camino de la iglesia, ¡so quiero decirte la de prometidos que han vuelto libres del vínculo matrimonial! Nada, nada, mucha calma cuando hables con el duque. ¿Y mientras? vamos ganando terreno.

MAR.

FER.

No sé si podre hacerlo.

(Aparentando enfado). Pues haga *usted* un esfuerzo. Tenemos que valernos de todos los medios para impedir que se verifique ese bodorrio. Por de pronto, yo voy ahora á buscar á Rafael.

MAR.

(Con mucho sentimiento). Y mi madre y yo, iremos á adornar espléndidamente mi desgracia. (Salen Dolores y María por una de las puertas laterales).

ESCENA VII

FERNANDO, EL DUQUE DEL LLANO Y EL MARQUÉS
DE VILLA-BLANCA

- FER. ¡Cómo me interesa la causa de esos pobres chicos! ¡Tanto como se quieren y de nada les va á servir su cariño! ¡Ah! Lo que es el anciano ha de favorecer cuanto pueda esos amores. Y ha de trabajar sin descanso para que el duque no se salga con la suya. (Pausa). ¡Caramba! ¡Cómo estará mi cabeza! ¡Es la primera vez en mi vida que no me he quitado la ropa nueva al llegar á casa! (Entran el Duque del Llano y el marqués de Villa-Blanca, y sale Fernando por una de las puertas laterales, cruzando una ligera inclinación de cabeza con el Duque y el Marqués).
- DUQ. Hola. Se conoce que esas señoras no están aun preparadas.
- MARQ. No te extrañe. Se habrán entretenido en comentar el canto épico que endilgaste á la heroicidad de Felipe.
- DUQ. (Con cierta satisfacción). O habrán estado ocupándose de mi mensaje petitorio.
- MARQ. ¡Y vaya un negocio, si la solicitud se cursa con el visto-bueno de la niña! ¡Cinco ó seis millones de pesetas!
- DUQ. Los cuales puedo descontar á la vista, si mi futuro suegro pierde la suya y se rompe el alma en una de sus vertiginosas carreras. Además, querido marqués, voy á tener una mujer modestísima, siempre metida en casa, como la ostra en su concha, y cuyo horror á la vida de sociedad me permitirá alternar en todas partes libre é independiente, como

si continuase mi vida de soltero. (Sonriéndose).
Delicioso, chico, delicioso.

MARQ. Ya lo creo; como que vas á conocer el matrimonio como yo las acciones del Banco de España: de oídas, nada más que de oídas.

DUQ. Y lo cierto es, amigo Villa-Blanca, que á estos vulgarotes mercaderes les está muy bien empleado cuanto les ocurra. Pasan su vida en el mostrador ó en el despacho, ocupados constantemente en desollar al prójimo en provecho propio, acumulando riquezas y riquezas, y cuando ya están satisfechos de dinero, se les mete en el magín la monomanía de las grandezas, el afán de redondear el oscuro apellido, y con la misma constancia que fabricaron su fortuna, se dedican á perseguir al linajudo señor, ó señora, que venga á ennoblecer el vellocino de oro. Aparece el anhelado duque ó marqués y pasan á sus manos esas riquezas que sin pérdida de tiempo las pone al servicio de sus gustos y aficiones.

MARQ. De suerte, chico, que con barro á mano vas á disfrutar de una segunda juventud, con más atractivos que la primera, como esas viudas de buen ver, que según dicen los aficionados, son más apetitosas y tienen más partido que las jovenzuelas de primer vuelo. De dónde se desprende, mi buen amigo, que mientras el mundo sea mundo por unas artes ó por otras, el dinero lo goza aquel que tiene distinción y los que se divierten y triunfan, son ¡los de cartel! querido, ¡los de cartel!

DUQ. Eso es indudable. Mira si nó en los periódicos la lista de las personas que asisten á fiestas y diversiones, y verás siempre las mismas. Lees una, y lees todas.

MARQ. Efectivamente. Siempre los mismos, y en el mismo orden, de mayor á menor, como los premios gordos en la lista de la lotería; siempre con iguales adjetivos encomiásticos,

siempre con idénticas descripciones de trajes y moradas, y apesar de toda su monotonía, resulta un género perpetuamente nuevo, y que cuenta con extraordinario número de devotos lectores.

DUQ. Se comprende. Todos los que van á esas fiestas...

MARQ. Al contrario. Todos los que no van, y ni siquiera conocen de vista á los que van.

DUQ. No lo entiendo...

MARQ. Pues es muy sencillo... Hay muchas personas á quienes les encanta viajar, pero como no tienen dinero para salir de su casa, se contentan con hacer los viajes en el papel, en el mapa. Y hay muchas personas también á quienes les encantaría ir á esas fiestas, y como no pueden satisfacer sus deseos, se contentan con enterarse de cuanto pasa en ellas y sin perder el más pequeño detalle en el papel, en el periódico.

DUQ. Comprendido.

MARQ. Además, á la nariz plebeya le gusta mucho aspirar de cuando en cuando el olor á nobleza; y por eso, leen de cabo á rabo esas listas de duques, condes, marqueses y personajes, con el mismo interés que un jefe de gabinete pudiera leer la lista de los diputados con quienes cuenta para la votación de una ley, de cuya aprobación dependiera la vida del gobierno.

DUQ. Pero volviendo á mi asunto, amigo Villa-Blanca: no podemos cantar victoria todavía, porque me parece que la niña no me quiere... ¡Y esas mosquitas muertas!...

MARQ. ¡Bah! ¿El amor? El amor en el matrimonio es más molesto que el ruido en los automóviles; por eso las buenas casas dirigen sus esfuerzos á conseguir que desaparezca por completo.

DUQ. No, hombre. Pero si el amor no me preocupa para nada. Ya sé yo que en el matrimo-

no ocurre con el amor como con las arras, que lo mismo sirve para el caso el céntimo que la onza de oro. Lo que me preocupa es el desvío de María, que puede convertirse en tenaz obstinación, y hasta en negativa rotunda.

MARQ. No tengas cuidado. Teniendo á Felipe de tu parte, Felipe te salvará. Bruto por poco salva á Roma del poder absoluto de los Césares; otro bruto te salvará á tí del poder no menos absoluto de los usureros. ¡Conozco los destinos de la Historia!

DUQ. Sí, y una vez que me caiga á mí el premio gordo, que tal supone esta boda, hay que buscar para tí la aproximación.

MARQ. Chico. Por eso no te molestes, porque como yo no pienso separarme de tí, me parece que no cabe más aproximación. (Entran María y Dolores muy elegantes, con vestidos de sociedad).

ESCENA VIII

DICHOS, MARÍA, DOLORES, FELIPE Y UN CRIADO

DOLO. (Se saludan todos). ¡Hola, señores, les hemos hecho esperar á ustedes mucho tiempo?

MARQ. No. Llegamos hace un instante.

DOLO. Ya nos perdonarán.....

DUQ. No faltaba más. Desde luego quedan perdonadas. Ya las suponíamos entretenidas en comentar la hazaña de Felipe. «*A tout seigneur tout honneur*». ¡Ah! ¡Es un valiente!

MAR. Pues esta vez, duque, no ha acertado usted, porque estuvimos ocupándonos de otra hazaña mayor. De otro valiente. ¡Pero qué va-

- liente! No me negará usted que á todo hay quien gane en este mundo.
- DUQ. Según y conforme. (El Duque y María sostienen aparte este diálogo. Dolores y el Marqués se retiran á segundo término hablando en voz baja).
- MAR. Se trata de un respetable señor, que á pesar de sus años, quiere prepararse para una carrera más larga y más peligrosa que la de automóviles, y en la que por ser dos los que guían, si no están muy de acuerdo, los choques son muy frecuentes y pueden poner en peligro la tranquilidad y aun la vida de los expedicionarios.
- DUQ. ¿Y si estuvieran ya de acuerdo?
- MAR. Como parte interesada me permito dudarlo. Créame usted duque: no me parece que está usted ya para intentar ciertas aventuras, y en las condiciones que quiere embarcarse, el matrimonio es sumamente expuesto.
- DUQ. Casualmente, las carreras de obstáculos me entusiasman. (Con ironía). Si mi amor se quebrantase ante los primeros desvíos, juzgaría usted muy mal de mí.
- MAR. Al contrario. Le juzgaría como hombre muy discreto, y que sabía hacerse cargo de su situación.
- DUQ. Pero como al amor lo pintan con una venda en los ojos, la indiscreción en materias de amor es muy disculpable.
- MAR. Pues yo le quitaré la venda, y de ese modo no tendrá usted disculpa alguna.
- DUQ. No insista usted, María. La lucha es mi elemento, y poco á poco espero conseguir su cariño.
- MAR. Permítame usted, duque, que le diga que esta vez su torpeza es, por lo menos, tan insigne como su linaje. (Entra Felipe).
- FELI. (Saludando al duque y al marqués). Hola, queridos.
- DUQ. (Con suma fatuidad, y dirigiéndose nuevamente á María). (Todos se adelantan á primer término como

para tomar parte en la conversación). ¡Bah, María! Estoy bien seguro de cuanto afirmo. Soy veterano en esas lides, y sé que aunque sus principios son difícilillos, después marcha todo como una seda.

MAR. Pues por lo mismo, duque, que es usted veterano, es una pena el que pierda tan lastimosamente el tiempo. (Entra un criado).

UN CRIADO. Los señores están servidos.

MARQ. Y también es una pena el que nosotros lo perdamos tan lastimosamente.

FELI. Y todos lo perderíamos si ahora mismo no fuéramos á la mesa.

DUQ. (Sentenciosamente). En ella se arreglan de un modo satisfactorio los peores asuntos. (Salen por una de las puertas laterales Primero el marqués del brazo de Dolores, después el duque del de María, y, por último, Felipe).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

MARÍA, DOLORES Y FELIPE (Sentados los tres. María y Dolores, con elegantes trajes de sociedad, y Felipe de frac).

FELI. (Mirando al reloj). Son cerca de las ocho, y ni el duque ni el marqués hacen ánimo de venir. ¿Se habrá puesto peor la madre del duque?

DOLO. No lo creas. Si fuese esa la causa de su tardanza, no dudes que te lo hubiera mandado á decir, para que no lo esperásemos á comer.

FELI. Entonces no doy en.....

MAR. (Interrumpiéndole). Es posible que se hayan entretenido en el Club charlando sobre las peripecias de alguna excursión.

FELI. ¿Pero si estas horas son las de la desvanda general y no quedan en el Círculo más personas que las que comen allí?

- MAR. Pues precisamente con esas habrán armado la peña.
- FELI. Nada, nada, que no me quitáis de la cabeza que es la salud de esa señora lo que impide que se hallen entre nosotros. ¡Y si viérais cómo me preocupa su enfermedad!
- MAR. Y el caso es que á la pobre señora la cuentan para poco.
- FELI. Ya visteis el rato que nos dió hace días.
- DOLO. Y á los años de esa señora, y con sus achaques, á diario dará estos sobresaltos. (Váase).
- FELI. ¿Y si al menos viviese hasta que se celebrara la boda? Porque si antes ocurre una desgracia... ¡adiós mis planes! No, no. Hay que prever el caso y hay que evitarlo. (Sale Dolores).
- MAR. ¿Cómo?
- FELI. Adelantando los sucesos.
- MAR. (Bromeando). Pero por Dios, padre, que cada vez fuerzas un poco más la máquina para que yo llegue antes á la vicaría... ¡Y con las poquitas ganas que tengo de hacer el viaje...!
- FELI. (Con mucho entusiasmo). ¡Hija de mi alma! Si es la ilusión de toda mi vida, mi único pensamiento, la idea que invade como la sangre todo mi cuerpo, la sola aspiración de mi existencia. Un sueño que acaricio desde hace tantos años, y que por fin voy á ver realizado. ¿Tú sabes lo que eso significa? Cuando yo era dependiente de comercio, y en él entraba un señor ó una señora de la verdadera nobleza, me parecía un ser de otra raza, un ser sobrenatural. Veía en él, transmitido de siglo en siglo, ese sello de superioridad que dá el ocupar lugar preeminente en el mundo. Yo he de ser poderoso, yo he de ser noble, decía. Yo he de tratarlos de igual á igual, y mis hijos ó mis nietos han de ser como ellos. ¿Que soy ambicioso? ¿Que soy soberbio? quiero serlo. Antes que ser pobre ó humilde, desearía cien

veces la muerte. Los pobres y los humildes son como los guijarros de los caminos, que todos los pisan y ni siquiera se fijan en ellos.

MAR. Pero los pobres son también felices, y la humildad tiene sus encantos.

FELI. Sí. Ya sé que hubo un hombre en el mundo que amó á los pobres; pero también sé que necesitó toda su naturaleza divina para poderlos aguantar.

MAR. Sin embago, ese Dios - hombre fundó una doctrina que hoy tiene muchísimos creyentes.

FELI. Sí, muchísimos de nombre, pero muy pocos de corazón.

MAR. Pues á mí, padre, todas tus grandezas no me dan un momento de felicidad, y las cambiaría por una vida de sencillez y de paz allá en la aldea, y con mucho menos de lo que el abuelo posee.

FELI. (Apesadumbrado). ¡Oh, hija! Me matas con esas ideas, y no sé de dónde las has podido sacar, porque desde que tuviste uso de razón te has criado en el bienestar y en la abundancia. ¡Si vieras el daño que me haces con tus palabras! Minan mi salud, y dejan en mi ánimo una huella indeleble de malestar y de cólera. (Exasperándose). Hay momentos en que no puedo oírte con tranquilidad. Todo mi ser se revela contra ese falso concepto de la vida, que te han forjado las lecturas religiosas, y los consejos de tu madre. (Pausa. Con gran cariño) ¡María de mi alma! ¡Qué feliz me harías, y qué feliz serías tú también si atendieses mis deseos, si oyese mis súplicas! (Haciendo ademán de arrodillarse). ¡Te lo pido casi de rodillas ...! El gran mundo te brinda con uno de sus primeros puestos. Tu juventud y tu hermosura pueden lucir allí. Serás adulada por todos. Llevarás un gran nombre y una

gran fortuna. ¡Qué más se puede ambicionar en esta vida!

MAR. ¡Oh, padre mío! No puede ser. Es un sacrificio superior á mis fuerzas. Sin duda me parezco en todo á mi buena madre. (Entran el duque del Llano y el marqués de Villa-Blanca, de frac, con los trajes en desorden, y la pechera de la camisa arrugada, como de haber sostenido una lucha).

ESCENA II

DICHOS, EL DUQUE DEL LLANO Y EL MARQUÉS
DE VILLA-BLANCA

FELI. Gracias á Dios, señores. (Reconviniéndoles cariñosamente). Nos han hecho ustedes pasar un rato de desasosiego que no se lo perdono. Creíamos que su madre había recaído otra vez en su enfermedad.

DUQ. No; nada de eso. Casualmente después del último arrechucho, no ha vuelto á tener novedad, y estos días se encuentra como nunca.

FELI. Más vale así. Entonces acertó María.

MARQ. Es difícil. A no ser que tenga el don de adivinación, porque nuestro retraso obedece á un suceso fortuito y muy agradable que acabamos de presenciar.

DUQ. El automóvil del vecino de ustedes, marqués de Hornos, ha matado á un niño.

MARQ. (Despreciativamente). Sí. A uno de tantos seres que sobran en el mundo, y que así que dán los primeros pasos, arrojan sus padres á la calle para que molesten y perjudiquen á los demás nacidos.

FELI. ¿Y dónde ha ocurrido el accidente?

DUQ.

Cerca de la puerta de Alcalá. Veníamos para acá en nuestro carruaje. De pronto, y al cruzar á la calle de Serrano, numeroso gentío nos cierra el paso. Me asomo á la ventanilla para cerciorarme de lo que ocurriera con propósito de arrear enseguida; pero al ver que nadie nos daba razón, y que muchos, con los puños levantados gesticulaban como energúmenos lanzando amenazas y blasfemias, nos apeamos para conocer el hecho que suponíamos muy grave, puesto que de tal modo enardecía los ánimos. A viva fuerza llegamos donde estaba Hornos, que lívido como un cadáver, procuraba calmar á las gentes. Pero sus promesas de indemnizar, su sincero duelo por el accidente, la demostración de su ninguna culpa, pues el muchacho se le había metido materialmente entre las ruedas, fueron contraproducentes, y los insultos arreciaban más y más. En fin, tales frases nos dedicó el populacho, cada día más soez é imposible, y tan fea se fué poniendo la cosa, que entre varios caballeros y guardias obligamos al marqués á que montase y arrear de prisa, y nosotros ganamos el coche, Dios sabe como, y salimos de allí á uña de caballo.

MARQ.

Pero eso no le pasa á nadie más que al tonto de Hornos. En esos casos, aunque los neumáticos vayan chorreando sangre, se sigue como si nada hubiera ocurrido.

DUQ.

¡Oh! La experiencia le hará otra vez más avisado.

MAR.

Querrá usted decir más cruel.

MARQ.

Ha sido una desgracia para Hornos. Y si escarmienta siquiera...

MAR.

¿Una desgracia? No entiendo. Yo creí que la desgracia había sido para el muchacho muerto, ó para su familia, y no para el marqués de Hornos.

FELI.

Vaya hija, no nos des la nota sensible. Voy á mi despacho con el marqués y el duque. Vete tú al gabinete, que allí iremos los tres enseguida. (Salen todos. La mujer por la puerta lateral derecha y los hombres por la izquierda).

ESCENA III

FERNANDO, RAFAEL Y MARÍA

(Fernando entra sólo y mira por todos lados para cerciorarse de que no hay nadie y una vez convencido de ello, va á la puerta del fondo, llama á Rafael y entra con él agarrado del brazo. Rafael viste de obrero y lleva un buen traje con arreglo al salario remunerador que gana).

FER.

No hay nadie. Deben estar en el despacho de mi hijo. Creo que hoy vas á tener más suerte que el otro día y podrás al fin verla.

RAF.

Por de pronto tiemblo como un niño. (Le estrecha la mano). La impaciencia y el miedo apocan de tal modo mi ánimo, que si María tarda mucho en salir, no tendré valor para permanecer aquí; y si antes viniera su padre, me sería imposible dar con una excusa que justificase cumplidamente mi presencia en esta casa.

FER.

No temas. Verás á María y muy pronto. María tiene tantos deseos de verte á tí, como tú puedas tenerlos de ver á ella. Me mandó llamarte y no dudes que en la primera ocasión que se le presente dejará á los convidados para venir á hablar contigo. Tranquilízate y confía en que á tu la-

- do estamos los débiles, que unidos, á veces valemos más que los fuertes.
- RAF. (Con desconfianza) ¡Ah! sí. Pero esta lucha es imposible. La riqueza, que es hoy casi el único poder de la tierra, es barrera infranqueable que me separa de María. La sociedad actual no admite improvisaciones. Yo, pobre obrero, debo ir con los míos. ¿Voy á creer que para que yo sea feliz vá á cambiar radicalmente el modo de ser del mundo? Sería una quimera.
- FER. Sí. Una quimera y grande. El mundo seguirá poco más ó menos como ahora está arreglado. Aunque tú mismo lo organizaras, y lo organizaras á tu gusto, ni el poder de la riqueza sería menor ni pasaría mucho tiempo sin haber pobres y ricos.
- RAF. ¿Quién lo duda? Pero si yo no abomino la riqueza. Ya sé que así como hay dos clases de envidia, digna una de toda alabanza, merecedora otra de todo ludibrio, así mismo hay dos clases de riqueza: una, que es como caudaloso río que cruza riberas sedientes y abrasadas sin dejar en su curso una sola gota de agua que señale su paso bienhechor, y otra que es como profundo canal, que se subdivide y desmembra en múltiples arterias y brazales, y por ellas vá repartiendo el preciado riego que fertiliza dilatados terrenos. La primera es la que odio, la segunda es la que bendigo.
- FER. Es cierto, Rafael. Y por eso debemos combatir con todas nuestras fuerzas á la riqueza estéril, y más aún á su inaguantable despotismo. Si apesar de mis canas sirvo, alístame en esa cruzada.
- RAF. ¡Ah! mi noble anciano. Yo voy á ser la primera víctima de ese despotismo, y... ¿quién sabe si lo será también María!
- FER. O quien sabe si María y tú conseguiréis realizar muy pronto vuestro ideal. (Entra

María). Mira quien entra por ahí para calmar tu ansiedad y reanimar tus esperanzas.

RAF.

¡María!

MAR.

¡Rafael! (Se abrazan)

ESCENA IV

MARÍA, RAFAEL Y FERNANDO

MAR.

(Con gran entusiasmo y abrazándose) ¿Quién podrá separarme ya de tí? Dime que nadie. Dime que no hay fuerza capaz de impedir que se cumplan las promesas que selló nuestro cariño en los dichosos días de la infancia.

RAF.

(Con expresión de pena). ¡Ah! ¡Cuántas alegrías en la niñez, y cuántas amarguras ahora!..

MAR.

¿Te acuerdas? Llegaste un día á la fábrica á pedir trabajo como un hombrecito. Tenías derecho á la vida como los demás y no querías perder el tiempo merodeando por el arroyo. Tu débil complexión y tus pocos años hacían imposible el destinarte á la faena, pero tu aire resuelto y tu natural expresivo, cautivaron á mi padre, que te admitió para criadito de compañía.

RAF.

(Recordando con alegría) Yo te acompañaba á la pensión, á las diversiones, á los paseos, á todas partes. Entonces germinó nuestro cariño como germina la semilla en la tierra: profunda y sin ser vista de nadie. Entonces vivíamos siempre juntos, el uno para el otro, como si para nosotros no hubiera más mundo que los dos.

- MAR. Pero fuí mujer, y las conveniencias sociales decretaron nuestra separación.
- RAF. La máquina fué desde ese día mi única compañera. La máquina, como la mujer, sabe también expresar sus sentimientos. Tiene sus horas de laxitud, sus ratos de desesperación y de cansancio, sus manifestaciones de dolor y de alegría. Es avara de cuidados, celosa de cariño, (con mucha intención) y para tenerla contenta, hay que estar á su lado, sin separarse de ella. A fuerza de años y de solicitud, logré dominarla.
- MAR. ¡Qué breves y contadas eran entonces nuestras entrevistas!
- RAF. Un momento... Al visitar la fábrica te separabas de los acompañantes y mientras tu padre les explicaba las operaciones de la molienda, tú te acercabas á mí, y con una mirada, con una frase, me decías todo lo que quería saber.
- MAR. Después, fundamos las asociaciones protectoras de la vida obrera, establecimientos de ahorro, cajas de retiro, asilo de niños, y como yo era presidenta honoraria de esas instituciones, me obligaba el cargo á ponerme al habla á menudo (señalándole á él) con el presidente efectivo y fundador de las mismas.
- FER. Y de ese modo, la vuestra resultaba una caridad bien entendida.
- MAR. ¡Oh abuelo! Puedes creerme que cuando he tratado de hacer el bien de los demás, para nada ha asomado mi propio egoísmo. Es cierto que en estos sitios he pasado los mejores ratos de mi vida. El cariño, las bendiciones de esas buenas gentes, eran para Rafael y para mí. Para el compañero que trabajaba por mejorar la suerte de los suyos, y para la que le secundaba en su obra. Allí, por primera vez, hemos sido

iguales. Allí es donde únicamente no se ha interpuesto entre nosotros dos el obstáculo, la riqueza. La riqueza, que separó nuestros cuerpos cuando fuí mujer. La riqueza, que quiere separar nuestro cariño ahora. ¡Sarcasmo de la suerte! El día primero del año, cuando los obreros vean, en la solemne reunión, desocupado el sitio de las presidentas y se pregunten con el interés que despierta el agradecimiento por el motivo de vuestra ausencia, yo mismo tendré que ser el encargado de pregonar mi desgracia y decirles que sus bienhechoras no han podido asistir, porque en ese mismo momento, María, la humilde María, será pedida oficialmente para el duque del Llano. Y cuando los obreros, fascinados por esa sacudida de entusiasmo que en la plebe produce el brillo de la grandeza, aclamen y vitoreen á la futura del duque, y cuando tú del brazo suyo recorras los salones de su señorial morada recibiendo plácemes y enhorabuenas, yo solo devoraré mi pena, que hasta los que más me quieren, unidos contra mí, sin sospecharlo la harán más intensa.

RAF.

MAR.

Solo no, Rafael. En tus penas, como en tus alegrías, me tienes á mí á tu lado. El día uno de enero no pisaré yo la casa de la duquesa. Te lo juro. ¡Ya que mi voluntad sea impotente para detener los hechos, que no lo sea para mantener mi protesta!

RAF.

¡Oh, María! Eres un angel y como á los ángeles te bendigo hincada la rodilla en tierra! (Se arrodilla y le besa la mano. En este momento entra Felipe y los sorprende. Rafael se levanta inmediatamente, y los tres quedan atemorizados y en silencio).

ESCENA V

DICHOS Y FELIPE

FELI. (Con indignación) ¿Cómo? Rafael aquí y arrodillado ante mi hija? ¿Qué significa esto? (Pausa) ¡Ah! ¿Sin duda es este el hombre que tiene ganada tu voluntad? ¿El que impide que quieras al duque? ¿El que crees que va á hacerte feliz? Está bien.

MAR. ¡Por Dios, padre!

FELI. (Con ironía á María). Ahora me explico tu celo por los obreros. (Con ironía á Rafael). Y también me explico tu gran interés por la casa. ¿Con que todas esas juntas y reuniones no eran más que un pretexto para ver á este? ¿Con que vuestra caridad fué una tapadera para engañarme á mí mejor? (Con desprecio). Y tú, padre, haciendo el papel de tercero en estos amores.

FER. Yo, cumpliendo por tí el primer deber de todo padre. El hacer felices á sus hijos.

FELI. Pues á tí, (dirigiéndose á Rafael) por esta vez no te ha salido muy allá tu bien estudiado negocio. A tí, (dirigiéndose á Fernando), se te ha malogrado tu paternal mediación. Y á tí, (dirigiéndose á María), te ha fracasado tu solicitud por la clase obrera. Sí. (Dirigiéndose nuevamente á Rafael) Tú eres un ambicioso insaciable, que primero te afanaste por adquirir una aureola de popularidad entre tus compañeros, y luego te desvelaste por encontrar un adelanto en la electricidad que te proporcionara riquezas sin límite, mientras que á los obreros les predicabas la igualdad.

- RAF. No es cierto, señor.
- FELI. Y cuando ya viste que ese era un plan á larga fecha, y tal vez de resultados negativos, pensaste en que era más fácil y más cómodo el engañar á la hija de tu principal, y con eso, un día, ser dueño de fábrica, bienes, dinero y cuanto poseyera ..
- RAF. (Con desesperación) ¡Oh, Dios mío!
- FELI. Y abusando de su poca edad y de la confianza que en tí teníamos, lograste su cariño.
- RAF. (Reprimiéndose con sumo esfuerzo). ¡Ah! ¡Es demasiado!
- FELI. Sí. Eres como el reptil venenoso, que yerto de frío, inspira lástima al compasivo labriego, y que al recibir calor y vida en su pecho, le hace víctima de sus mordeduras Huérfano y sin amparo te recojí de niño, y sin mi protección, á estas horas hubieras caído en la perdición ó en la miseria. ¡Qué bien agradeces el beneficio!
- RAF. (Abalanzándose á Felipe con ademán de pegarle; pero deteniéndose sin llegar á él). ¡Porque es usted el padre de María, ha pronunciado esas palabras impunemente!
- FELI. (Con gran energía). ¿Cómo? Cuando he necesitado de toda mi sangre fría para no arrojarte violentamente de mi casa, aun te atreves á amenazarme? (Lo coge del brazo empujándole). Fuera de aquí.... ahora mismo, y desde mañana quedas despedido de la fábrica.
- FER. (Con mucha resolución) Nó; de aquí no saldrá arrojado como un criminal, sino con todos los honores de un caballero. Nó. Rafael no ha venido á quitarte el honor ni el dinero, ni nada de lo tuyo. Viene por lo que ya tiene, por lo que le pertenece, por lo que no le podrás arrebatár tú, con todos los abusos de tu autoridad: por el cariño de María. Ella lo ha llamado, y entró aquí del brazo de tu padre. Ella le dice ahora

adiós, y sale agarrado del mismo brazo.
(Salen Rafael y Fernando pausadamente y agarrados del brazo. Rafael á la derecha de Fernando).

ESCENA VI

MARIA Y FELIPE

- FELI. (Con manifestación de disgusto) ¡Oh! ¡Qué ciego he estado con vosotras! ¡Cómo me he dejado engañar por dos sencillas mujeres! Vuestro recogimiento casero, vuestros afanes por la clase obrera, vuestra extrema modestia, vuestro horror al gran mundo. ¡Todo una mentira! ¡Todo un pretexto! Te equivocas, padre.
- MAR. vuestras reuniones, un sitio que ni soñado para las entrevistas de amor. ¡Y qué admirablemente iba á resultaros la de primero de año!
- MAR. ¡Qué injusto eres, padre!
- FELI. ¡Ah! Pero de aquí en adelante viviré sobre aviso, y no me sorprendereis tan fácilmente. Por de pronto, Rafael está despedido de la fábrica, y ya no tendrá ocasión de verte, y mucho menos de poderte hablar. Al duque le indicaré ahora mismo la necesidad de que la boda se adelante todo lo posible.
- MAR. Y yo también, ahora mismo, le diré al duque cuanto ha pasado, y es muy fácil que cuando lo sepa desista de sus pretensiones.
- FELI. (Entran el duque, el marqués y Dolores, esta última del brazo del duque. Aparte á María, cogiéndole la mano muy enérgicamente). Aquí están. Disimulemos. Cuidado con decir nada.

ESCENA VII

DICHOS, DOLORES, EL DUQUE DEL LLANO, EL MARQUÉS DE
VILLA-BLANCA Y FERNANDO

DUQ. Hola, señores. Por lo visto, se habían ustedes olvidado de que estábamos en el mundo. Espera que te espera, y como no volvían ni á tomar el café, que por cierto se les habrá quedado como el hielo, decidimos levantar nuestros reales, y venir en busca de ustedes.

MARQ. ¡Y lo que es al duque, se le podía ahogar con un cabello! ¡Qué preocupación la suya! ¡Qué impaciencia por enterarse de lo que ocurriera! Gracias á que yo al verlo así, procuré tranquilizarlo. Chico, le dije al oído: me parece que de esta hecha te quedas sin novia. María se ha fugado. Señores, al oirlo dió un salto que me dejó de una pieza. ¡Nunca creí que los amores tardíos fuesen tan impetuosos!

DUQ. (Fijándose en el semblante de María). Pues efectivamente. Algo grave ha debido ocurrir á ustedes, porque sus semblantes, y en especial el de María, revelan mortal angustia.

FELI. (Despreciativamente). Sí; algo ha ocurrido, pero de ningún interés...

MAR. (Con resolución) No, señor duque. Algo ha ocurrido de mucho interés, y que vá usted á saber. Yo ni le quiero á usted, ni le querré jamás. Ni soy ni podré ser nunca suya. Usted, pues, no debe aceptar mi mano, contra mi terminante voluntad.

DUQ. ¡Bah! *La fierecilla domada* en el primer acto. Ya se amansará usted, María, y muy

pronto. (Con acento de gran seguridad). Al fin será como todas. (Entra Fernando sin ser oído, y se detiene en la puerta del fondo).

MAR. De modo que no le basta cuanto ha oído para vencer su obstinación. Pues le diré más aún... (Felipe agarra á María fuertemente por la muñeca y la hace callar. María, atemorizada, pronuncia las siguientes palabras con fingida alegría). Si pudiera decirlo.

FER. (Aparece en medio de la escena con aire resuelto). Y si no, se lo dirá por tí tu abuelo que puede. Mi nieta no le quiere á usted porque quiere á otro. Mi nieta no será para ningún duque, marqués, ni otro título de la guía oficial, sino para un obrero. (Movimiento de extrañeza en el duque y el marqués).

MARQ. (Aparte al duque) ¡Uf! ¡Vaya un gusto que tiene la niña! ¡Un automóvil de seis caballos y de un cilindro! No le faltará vicio.

MAR. (Llorando y dirigiéndose al duque con gran ternura). ¡Oh...! Si... Es la ilusión de mi vida entera. Un cariño que arranca desde mi niñez. Es mi felicidad. ¡Toda mi felicidad! ¡No me la arrebate, señor! (Felipe se agita sumamente nervioso, mostrando la desesperación que le causa oír á María. Quiere hacerla callar pero el duque se lo impide). Usted puede ser dichoso con otras mujeres. ¡Cuántas habrá en el mundo que ambicionen su nombre! Yo no soy libre. Yo no puedo dar á usted lo que no tengo. Mi cariño se lo llevó otro hombre. ¡Ah! Por piedad, compadézcase usted de mí.

DUQ. Es inútil, María. Por nada ni por nadie desistiré.

FER. (Con gran energía y abalanzándose al duque al pronunciar las siguientes palabras, pero siendo repelido con fuerza por Felipe, antes de que llegue cerca de aquél). No tiene usted conciencia, señor duque!

- FELI. (Sumamente irritado). Cállate padre, y no pronuncies una palabra más.
- DUQ. (Aparentando calma) Por Dios Felipe... Permítame usted que me retire. Me es muy desagradable presenciar esta cuestión entre la familia, y me mortifica el apasionamiento conque este anciano defiende á su nieta, á quien nadie ataca. (Con mucha ironía y dirigiéndose á Fernando). Voy á eortarlo, no sea de consecuencias funestas para esas canas, y cargue yo con la responsabilidad. (Fernando le mira con gran desprecio). ¿Señorita? (Hacen una reverencia que apenas es contestada). (A Felipe que les acompaña hasta la puerta). Cuento siempre con su apoyo. (Salen el duque y el marqués).

ESCENA VIII

FELPE, MARÍA Y FERNANDO

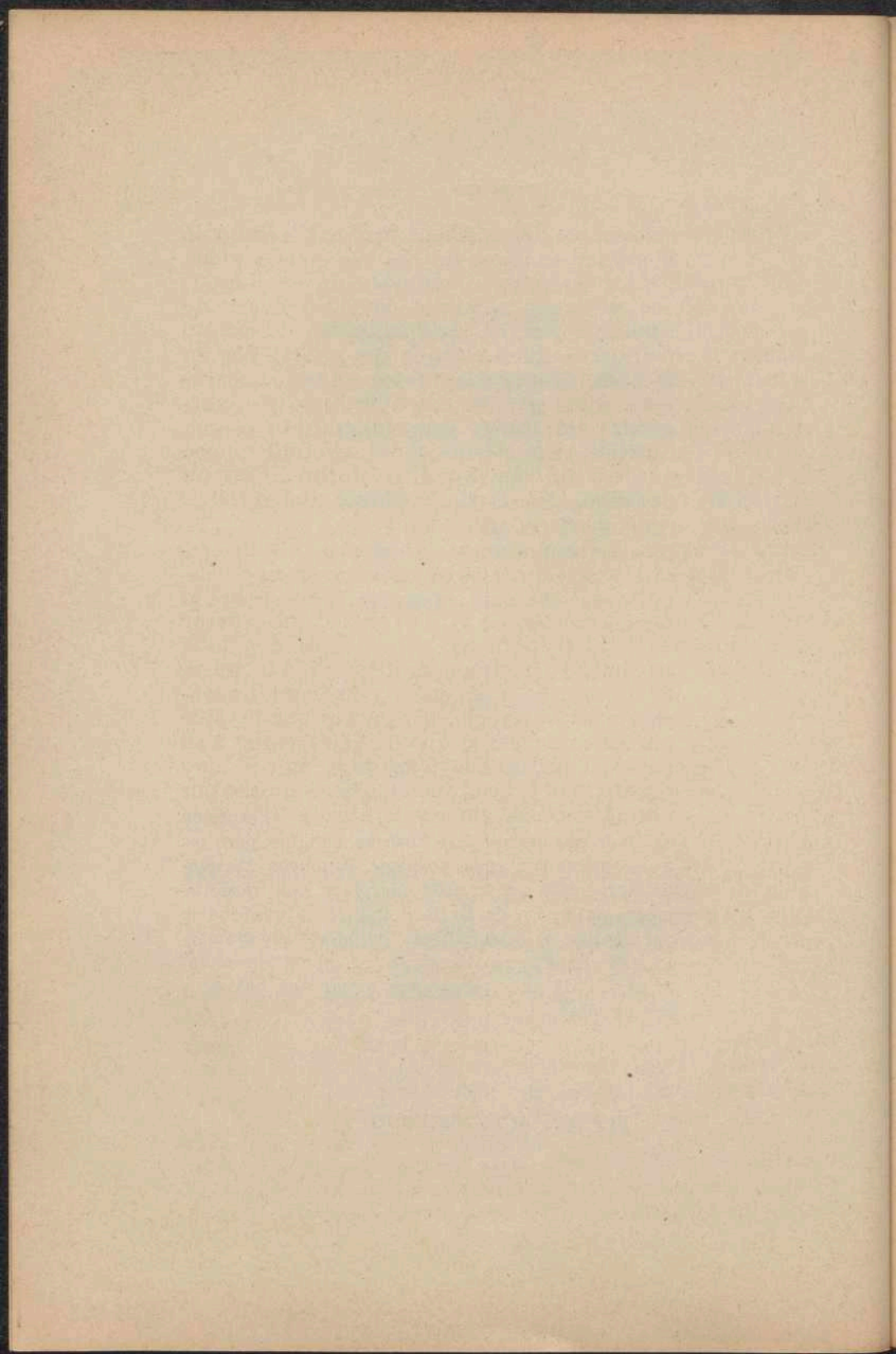
- FELI. (Vuelve y se dirige á Fernando muy enfadado). Eres una amenaza constante para mi tranquilidad, y una perturbación en esta casa. Te has propuesto ponerte enfrente de mí y contrariar todos mis deseos.
- FER. ¿Qué dices?
- FELI. Que esto no puede seguir así.
- FER. ¿Cómo?
- FELI. Que aquí sobra uno de los dos. Decide pues.
- FER. ¿De modo que á mí también me arrojas de tu casa? (María y Dolores lloran).
- FELI. Tú lo has querido...
- FER. (Con profunda pena). ¡Oh, hijo! No sé al oírte, si es tu voz ó la de mi conciencia la que me ordena salir de esta casa. Sí; mi con-

ciencia me dice: «Tiene razón. ¿Por qué le hiciste abandonar de niño la pobre aldea para que alcanzase una posición en el mundo? ¿Por qué alentaste en él el deseo de riquezas? ¡Ah! tú eres culpable de cuanto te ocurre». ¡Bien claro lo veo ahora! Soy en tu casa, después de tantos años de separación, algo que te mortifica, que te avergüenza. Un testigo que descubre tu origen humilde. Un espejo en el que no quiere mirarse tu vanidad. Un estorbo... Casi un enemigo. (Pausa) ¡Un enemigo! ¡Su padre!.. ¡Qué martirio, Dios mío!

FEL.
FER.

(Con creciente ternura y acercándose á Felipe poco á poco mientras sigue hablando. María y Dolores le escuchan muy conmovidas. Felipe le oye, al parecer, indiferente) Sí. Tu padre, que apesar de todo te perdona y te quiere con toda su alma. Tu padre, que llamará á la puerta de esta casa si en ella aparece nuevamente la desgracia. Tu padre, que te pide por amor de Dios, que le dejes estar á su lado. Tu padre, que lejos de tí, morirá muy pronto. Tu padre, que te ofrece quizás por última vez sus amorosos brazos. (Fernando extiende sus brazos para abrazar á Felipe, pero este se vuelve con gran despego. Entonces Fernando se reprime con mucha energía y sale resueltamente en medio de María y Dolores, abrazándolas por encima de los hombros. Felipe, en este momento, sufre un ataque al corazón, se pone densamente pálido, dá unos pasos para tomar una butaca, y cae en ella).

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

MARIA Y DOLORES (Vestidas con sencillos trajes de casa)

MAR. (Sentada cerca de Dolores). ¡Oh, cuánta maldad y egoísmo hay en el corazón humano! A veces mi imaginación acaricia ideas tan innobles, que yo misma me horrorizo, y dudo si habré perdido el juicio. Pero te juro, madre, que son perturbaciones del momento, que ni siquiera me atrevo á revelarlas, y que una vez que han pasado las considero indignas de mí.

DOLO. Desgraciadamente, hija, sé á lo que te refieres, y no necesitas atormentar la imaginación. Esta vez la realidad te va á dar la labor hecha. Ya viste el grave ataque al corazón que sufrió tu padre al conocer el estado ruinoso de sus negocios. Antes tuvo

varios ataques, á los que ni el médico ni nosotros dimos importancia. Pero ahora el mal viene con espada desenvainada: Felipe no tiene momento seguro. Según el doctor, el primer disgusto grave le cuesta la vida.

MAR.

¡Bien grabada tengo aquella escena en mi alma! El dolor deja una huella que no se borra jamás, y aquellos instantes fueron los de mayor sufrimiento de mi vida. Mi padre, momentos antes de comenzar el ataque, se puso furioso, y fué amontonando ultraje sobre ultraje contra Rafael, como si el pobre Rafael tuviese la culpa de la enfermedad. A mí, cada palabra suya me desgarraba el corazón, y sin embargo, permanecía callada como una muerta, porque en la situación de mi padre, no cabía más sentimiento que el de la compasión. (Con gran energía). Pero mi padre mentía como miente todo el que injurie á Rafael.

DOLO.

Tu padre, entonces como ahora, es digno de lástima. En pocos meses ha visto destruida su fortuna. Su vida de gran señor, sus enormes gastos para sostenerla, la encarnizada competencia en el artículo, el abandono de sus negocios, la grave explosión que destrozó la maquinaria á los pocos días de faltar Rafael y que obligó á cerrar la fábrica, todo se ha conjurado contra él, y cuando ha querido poner remedio, ha sido ya tarde para evitar las fatales consecuencias. Esto le ha producido la enfermedad, y de tal modo ha envejecido en pocos meses, que más parece un cadáver que un ser viviente. ¡Creo que para él ha acabado todo en este mundo!

MAR.

¡Chist! Ahí viene. (Entra Felipe, sumamente fatigado y macilento, apoyado en un bastón y sin poder sostenerse apenas. Se sienta ya muy cansado).

ESCENA II

MARÍA, DOLORES, FELIPE Y UN CRIDAO

FELI. Hola. ¿Qué hacéis? ¿Estáis ocupándoos de mis funerales?

MAR. Dios mío, padre, que cosas tienes. Casualmente estábamos diciendo que estos días te notamos mucho mejor.

FELI. Es cierto. Hoy me encuentro como nunca, pero mi mejoría la creo tan insegura como flor de almendro, que la menor escarcha da con ella. ¡Quién había de decirme cuando estaba sano y fuerte hace unos meses, que en tan poco tiempo pudiera verme así! ¡Y quién había de decirme también que mis negocios habían de sufrir tan tremendo descalabro! ¡Que un asunto como el del azúcar de remolacha que años atrás me producía el cincuenta por ciento de beneficio, en estos últimos había de ser la causa de mi ruina!

MAR. (Cariñosamente). ¡Bah! padre. No te ocupes más que de tu salud, que es lo principal.

FELI. ¡Ah! El fracaso de los negocios. Eso es tan español, por lo menos, como la mantilla y los toros. Para hacer que una profesión, una industria ó una producción, que es un venero de riqueza, pierda por completo su valor, no hay quien nos iguale á los españoles. Aquí, ¿hay utilidad en alguna cosa? Pues á que la pierda. ¿Cómo? Dedicándonos todos á ella.

MAR. Es el ideal de los tiempos. Enriquecerse á todo trance.

FELI. No es eso, hija. Es que la gente ansía mejo-

rar, y, para conseguirlo, pone en práctica todos los medios; pero muchas veces los resultados no responden á las iniciativas. Vosotras sois las únicas que pensáis más en el mejoramiento de los otros que en el propio. Por cierto que la lección que recibís ahora no es de las que se olvidan fácilmente. Ninguno de aquellos obreros á quienes tanto socorristeis, ha vuelto á acordarse de vosotras desde que se cerró la fábrica.

DOLO.

No es extraño. La ausencia de buen número de ellos que habrán tenido que salir de Madrid para encontrar ocupación... Las muchas horas que tienen de trabajo los que aquí hayan quedado...

FELI.

Mira, Dolores, no los disculpes, y fíjate en lo que le ocurrió á un bienhechor del prójimo en un pueblo de mi provincia. Volvió de América á su país natal con una millonada, y quiso destinar grandes sumas á obras filantrópicas. Mandó construir cincuenta casas para obreros, y se las cedió gratuitamente. Primer motivo de disgustos. Todos los que no fueron agraciados en el sorteo, se desataron contra el indiano, y los más prudentes decían que ya podía haber hecho casas para todos los pobres del pueblo, y no haber sido tan tacaño con una fortuna tan grande y que tan poco le había costado adquirir. La envidia hizo que entre los favorecidos y perjudicados por la suerte, menudearan las riñas, navaja en mano, como generalmente se ventilan en España, de tal modo, que el pueblo, que no era de los más levantiscos, se convirtió en un infierno. Pero no fué menor el disgusto entre los agraciados, pues por si eran pequeñas las habitaciones, por si las obras no eran muy sólidas, y así por el estilo, le dieron más de una desazón á mi buen filántropo. Por último, se le presentó una comisión de mu-

jeros de los obreros, más descaradas que aquellos para ejercer el derecho de petición, suplicándole que, puesto que para él era un gasto de muy poca monta, que las casas las hiciese con mirador. En fin, aburrido el hombre se volvió á América, y aseguraba que los mayores disgustos de su vida los había pasado en los días en que quiso hacer el bien de los demás.

MAR. Pero los frutos del bien nunca se malogran, y las cincuenta familias se libraron en lo sucesivo del frío y de la intemperie.

FELI. Sí, sí. A los procuradores del prójimo nunca os faltan argumentos que alegar. Y vosotros lo ponéis siempre al servicio de la gente de fuera. En cambio, ¿con qué calma presenciais mi ruina!

DOLO. Es porque creemos que nosotras no podemos ser útiles, y que nuestra ayuda no te serviría de lo más mínimo. Nuestros medios alcanzan á salvar al que está en la miseria, pero no tienen ningún poder para ayudar al que quiere sostenerse en la opulencia.

MAR. (Con algún temor). Yo creo que si Rafael hubiese continuado..

FELI. (Interrumpiéndola bruscamente). ¡Oh! No me nombréis á Rafael, y menos tú, María. (Excitándose mucho y con suma fatiga, que apenas le deja pronunciar las siguientes palabras). Es el hombre que más odio en este mundo. El causante de mi desgracia. En hablándome de él, la sangre se me sube á la cabeza, y la fatiga no me deja ni respirar. (Pausa). ¿Por qué tuve la debilidad de recogerlo de niño? ¡Es la única compasión que he tenido en mi vida y bien cara la pago! Pero os aseguro que Rafael se ha interpuesto en mi camino, y mientras yo viva le tendré declarada guerra á muerte. (Pausa). ¡Ay, Dios mío! me ahogo, llevadme á mi cuarto. ¡Adiós la mejoría! (María llama al timbre y aparece un

criado que va á sostener á Felipe; pero Felipe sale apoyado del brazo de Dolores, y detrás de ellos María, quedando solo en escena el criado).

ESCENA III

EL DUQUE DEL LLANO, EL MARQUÉS DE VILLA-BLANCA,
MARIA, FERNANDO, UN CRIADO

EL CRIADO Me parece que el señor va á dar poca guerra en este mundo. ¡Cómo ha destruído la enfermedad su robusta naturaleza! Son muchos los disgustos que ha llevado en poco tiempo, y no hay que darle vueltas, las penas acaban con el más fuerte. (Entran el duque del Llano y el marqués de Villa-Blanca en traje de calle).

DUQ. ¿Y los señores?

EL CRIADO Salieron ahora mismo de aquí y deben estar en el cuarto de don Felipe. Le ha dado al pobre un golpe de fatiga que apenas podía respirar, y sin duda para ver si se alivia, han ido á su habitación. ¿Quieren sus excelencias que les anuncie su visita?

DUQ. No. (Sale el criado. Pausa). Hay que precipitar los acontecimientos, porque si muere Felipe, me quedo compuesto y sin novia.

MARQ. Figúrate la que te espera con el triunvirato. Muerto Felipe, estalla la revolución. El pueblo, representado por aquel fascinador obrero, se hace dueño de María, y tú, con la corona ducal y todo, te quedas plantado en medio de la calle.

DUQ. Si. El triunfo de la democracia.

MARQ. O un matrimonio por amor...

- DUQ. La verdad, no me choca que Felipe haya enfermado y hasta se halle en peligro de muerte con lo que le sucede. Un hombre que sueña con la nobleza, que vá á conseguir realizar el ideal de su vida, y vé que su hija está enamorada de un obrero. ¡Oh, es un horror! ¡Una depravación del gusto inconcebible!
- MARQ. Pues á mí, sin que te ofendas, en tu nueva gente no me extraña eso. De seguro que el abuelo ó bisabuelo de María fué un obrero, y se ha realizado el salto atrás.
- DUQ. ¿Cómo en lo físico?
- MARQ. Sin duda ninguna.
- DUQ. Pero no me negarás que el caso es extraordinario, porque hoy todo el mundo quiere dar el salto adelante, y María es una excepción. (Transición) ¿Se habrá agravado en su enfermedad?
- MARQ. No lo quiera Dios. Guarde él la preciosa vida de Felipe, hasta que te hayan leído la epístola. Después... que lo parta un rayo.
- DUQ. Si vieras lo intranquilo que estoy. Como ese mal es tan traidor, temo que de un momento á otro salga el criado con la noticia de que Felipe ya no sufre ni padece, por haber pasado á mejor vida.
- MARQ. Por eso tú debes estrechar el cerco, y conseguir que la boda se fije para esta semana, ó lo más tarde para la semana que viene. (Entra Fernando).
- DUQ. (Aparte al marqués). ¡Hola! El anciano otra vez por aquí. ¿Qué traerá este buen señor?
- FER. (Saludándoles con ligera inclinación de cabeza). ¿Deseaban ustedes hablar con Felipe?
- DUQ. ¿Si fuera posible?
- FER. Acaba de sufrir un ataque de disnea, pero en cuanto se tranquilice, que confío será muy pronto, podrán ustedes verlo.
- DUQ. ¿Y está tan grave como aseguran?
- FER. Por desgracia gravísimo. Felipe se vé com-

pletamente arruinado, y no puede soportar su desesperada situación. Si mejora, que lo dudo, tendremos que ir á vivir todos á la aldea.

DUQ. Yo tenía entendido que eran disgustos de otra índole los que habían dado origen á la enfermedad.

FER. Pues le informaron mal. Al revisar el balance de fin de año, y al enterarse del desastroso estado de sus asuntos, que los tenía sumamente abandonados, sufrió el terrible ataque que todos creyeron iba á costarle la vida. Hoy la menor contrariedad acaba con él.

DUQ. De modo que está arruinado.

RAF. Sí, señor duque, arruinado.

MARQ. (Aparte al duque). ¡Qué sagaz es este aldeano!

DUQ. (Aparte al marqués). Quiere que le deje el campo libre. Sigámosle la broma. (Con intención). Doloroso es que Felipe haya experimentado pérdidas en su fortuna hasta el punto de quedar arruinado como me dice, pero eso en nada afecta á mis planes. (Demostración de extrañeza en Fernando). Le quedan á María tesoros de bondad y de belleza que son los que yo busco.

FER. (Algo contrariado). No diré que nó.

DUQ. (Afectando completa seguridad). María será muy pronto mi mujer, y este verano nos tendrá usted en la aldea. Sitio fresco, vida patriarcal, caza abundante... Y luego los encantos que para María tiene el campo.

MARQ. Por supuesto, yo me agrego á la comitiva.

FER. (Con tono de enfado). ¡Ah! Eso, por supuesto... (Entra María).

MAR. Señores. (Se saludan). Si desean ver á mi padre, pueden hacerlo ahora mismo, porque al momento piensa salir á dar un paseo en coche.

DUQ. Entonces lo dejaremos para después. Den-

tro de una hora, que estará ya de vuelta, vendré por aquí.

MAR. (Muy expresiva). Como ustedes quieran. (Se despiden y salen el duque y el marqués).

ESCENA IV

MARÍA, DOLORES, FERNANDO Y FELIPE

MAR. (Con gran ansiedad). ¿Qué sucede? ¿Tienes alguna buena noticia que darme?

FER. No. Hablé con el duque y le dije que Felipe estaba arruinado.

MAR. ¿Le produciría mucho efecto la noticia?

FER. Ninguno. Creyó que era una broma cuanto le decía, pero yo me encargo de demostrarle su error. (Pausa). ¿Si se habrá enamorado de tí?

MAR. Abuelo, por la Virgen, eso sería una gran desgracia.

FER. ¡Bah! Quién duda que viene por los cuartos. Ya se convencerá de que han volado. Por de pronto, hoy se fué sin ver á Felipe. Cuando vuelva, procuraremos que tampoco lo vea. Hay que ganar tiempo. Mientras, algún amigo indiscreto puede abrirle los ojos. No faltan nunca aficionados á dar malas noticias.

MAR. Pero ahora faltarán.

FER. ¿Por qué?

MAR. Porque las noticias serían en este caso buenas; qué digo buenas, muy buenas. Al menos para mí.

FER. Pues las tendrás. Presiento que el temporal va amainando, y que van á aparecer pronto aquéllos días claros y serenos de

que te hablaba en otra ocasión. La vuelta de Rafael es como la de las golondrinas, que anuncian el buen tiempo.

MAR.

¡Dios lo quiera, abuelo! (Pausa. Con mucho entusiasmo). ¡Y con qué cariño emprende su regreso Rafael! ¡El pobre no ha podido resistir la ausencia! Fué á París con una buena colocación, y todo lo ha abandonado por venir cerca de mí. Desde que llegó no deja un momento de rondar la casa, para ver si se presenta ocasión de poder hablarme. ¡Ah! ¡Si él supiera las ganas que tengo de estar á su lado! ¡Hace tanto tiempo que no hemos conseguido estar juntos! (Irónicamente). Sí. Mucho. Dos meses.

FER.

MAR.

(Mostrando extrañeza). ¿Dos meses? Para el calendario, para tí y para los que medís el tiempo con la exactitud matemática de un cronómetro. Para mí, que tengo el reloj en mi corazón, una eternidad. Los ratos que paso al lado de Rafael, me parecen, abuelo, tan rápidos, tan hermosos como el centelleo de una estrella que en un instante aparece y desaparece del firmamento. Los que estoy lejos de él, se me hacen tristes é inacabables, como debe parecer el camino del desierto á los peregrinos que lo atraviesan. (Pausa. Haciéndole muchas caricias y zalamerías). ¡Oh! Si fueses tan bueno que vinieras con Rafael mientras va de paseo mi padre.

FER

No podrá ser.

MAR.

¿Por qué?

FER.

Porque tu padre querrá que lo acompañes.

MAR.

No. Irá mi madre con él. Ahora que cree que Rafael no está en Madrid, no le importa que me quede sola en casa. (Entrán Felipe y Dolores. Felipe apoyado en un bastón y en el brazo de su mujer).

FELI.

Vaya María, ¿no te arreglas para venir con nosotros?

- MAR. No puedo. Tengo un dolor de cabeza que no me deja vivir.
- FELI. Entonces hasta luego. (Salen Felipe y Dolores lo mismo que han entrado. María y Fernando los acompañan hasta la puerta).
- MAR. (Con gran cariño). Hasta luego. Que te pruebe bien el paseo. (Con mucha alegría). ¡Ay! abuelo. No hay que perder momento. Baja á la calle y en cuanto veas que ha arrancado el coche, buscas á Rafael, que no estará muy lejos, y subes con él. Yo te prometo que estaremos muy poco tiempo, y que esta vez no nos sorprenderá mi padre.
- FER. Así sea. Porque sino, que Dios nos coja confesados. (Sale Fernando).

ESCENA V

MARÍA, RAFAEL, FERNANDO, EL DUQUE DE LLANO,
FELIPE Y DOLORES

- MAR. (Sola y moviéndose de un lado á otro mostrando su impaciencia). ¿Habrà encontrado á Rafael? ¡Oh! Sí. ¿Cómo puedo dudarle? Desde que regresó de su viaje pasa la vida frente á esta casa, y no es probable que se fuera precisamente en este momento. (Pausa). ¡Soy tan impresionable! ¡Tan impaciente! ¡Una niña! Sí. ¡Una niña que ahora está muy nerviosa! ¡Ah! ¡Y no es para menos! Voy á ver á Rafael, á hablarle, á estrechar sus manos, á oír sus palabras de cariño... ¿Qué hay para mí que se iguale á esto? (Entran Rafael y Fernando. Sale de escena Fernando inmediatamente por una de las puertas laterales. Con infinita alegría). ¡Rafael mío!

RAF. ¡María de mi alma! (Se estrechan las manos y permanecen así). Ni un segundo has vivido fuera de mi pensamiento. El recuerdo de la mujer querida, como el de la patria, es mayor cuanto más lejos se está de ella. Por eso, en París, no he pensado más que en mi María y en mi España.

MAR. Y tu María que es española neta, te lo agradece por las dos. Dime, ¿y supiste lo de la explosión de la máquina?

RAF. Sí. Los compañeros me dieron cuenta del suceso y de la causa que lo motivó. Descuidos, falta de competencia en mi sustituto, según ellos. Nada de eso. La máquina estalló..... (con marcada intención) de cariño. Fué la queja vigorosa por verse separada de su fiel amigo. ¡Cuántas mujeres pueden aprender de ella!

MAR. (Con zalamería). ¡Ingrato! No lo dirás por mí.

RAF. (Con mucha pasión) Por Dios, María. Tú eres para mí, entre las demás mujeres, lo mismo que para los aragoneses es entre todas las vírgenes la del Pilar; la mejor; más aún: la única.

MAR. (Con mucho entusiasmo también) Y yo te correspondo teniendo tanta fe en tu cariño como aquel rudo pueblo tiene en su excelsa patrona. (Pausa) ¿Sabes que pronto va á llegar el día más dichoso de nuestra vida? (Rafael haciendo signos negativos) No lo dudas. Mi padre ha tenido tan grandes pérdidas en sus negocios, que han destruído su fortuna por completo. El dinero, mi enemigo mortal; el obstáculo para la realización de mis planes, el que me ha proporcionado las grandes pesadumbres de mi vida, y me ha privado de tu cariño, que es lo único que ambiciono en la tierra, ha desaparecido. La odiosa riqueza ya no existe. (Con mucha energía) Cada día la odio más. ¿Tanto? que no me reconciliaría con ella ni aun vién-

dola en tí, que eres el hombre á quien más quiero en este mundo. ¿Qué me ha dado á mí la fortuna, la posición social? Nada. ¿Qué me ha quitado en cambio? Todo. (Pausa). Yo quiero al Rafael huérfano, al hijo del trabajo, al obrero laborioso que con su aplicación é inteligencia sabe ganar el pan para él y para los suyos. ¿Qué falta me hace lo demás para ser feliz? (Entra el duque del Llano. Pausa. Aparte á Rafael). ¡Dios mío, el duque!

DUQ. (Aparte). Este debe ser el obrero. (Acercándose á los dos y expresándose con cierta afectación y solemnidad). ¿Sabe usted que esa mujer es mi prometida por voluntad de su padre?

RAF. (Imitándole). Si lo sé. ¿Y usted sabe que es también mi prometida por su propia voluntad?

DUQ. No es posible. María, como hija sumisa, acatará las órdenes de su padre.

RAF. Pero María, como mujer honrada, no engañará tampoco á ningún hombre ante el altar.

DUQ. (Desconcertado). Puede usted evitarse contestaciones porque no he de descender á una disputa.

RAF. (Irónicamente). Es usted muy dueño, y si cree usted que estorba, puede retirarse.

DUQ. (Incomodado). ¡Insolente! Veremos dentro de unos días quien estorba aquí. (Aparte). No puedo soportar esta situación tan desairada. Voy en busca de Villa-Blanca que estará en casa de Hornos y vuelvo enseguida con él. (Sale).

MAR. ¡Oh, Rafael! ¿Qué va á ser de mí cuando se entere mi padre?

RAF. Nada. Porque yo de tu lado no me muevo, y lo que sea de tí, será de los dos.

MAR. No. ¡Dios mío! De ningún modo. Tu sola presencia aquí produciría tal disgusto á mi

- padre, que quizá le costase la vida. Vete, vete. Te lo suplico por favor.
- RAF. Y yo te obedezco lleno de amargura. Me parece que salgo huyendo del peligro cobardemente, y que te dejo á tí desamparada.
- MAR. No lo creas, Rafael mío. (Abrazándose con mucho cariño y despidiéndose de Rafael).
- RAF. Adiós, María. (Sale).
- MAR. ¡Oh! ¿Y qué hago yo ahora? Voy á llamar al abuelo á ver qué me aconseja. (Se acerca á la puerta lateral por donde salió Fernando, y lo llama). Abuelo, abuelo. (Sale Fernando).
- FER. Hola, chiquilla. ¿Ya marchó Rafael? Así me gustáis, así. Vaya, ya nos hemos salvado de que nos coja tu padre. (Pausa. Se fija en María). ¿Per o qué cara es esa tan tristona? ¿Estamos de monos?
- MAR. No, abuelo. Es que ha venido el duque y nos ha sorprendido hablando.
- FER. ¡Jesucristo me valga! Esta vez la tormenta viene por donde menos se esperaba.
- MAR. Yo pienso decírselo á mi padre, y para que no se incomode le añadiré que ha venido á preguntar por su salud, y á ofrecerse nuevamente como operario.
- FER. No, hija, no. Mejor es callar, y si el duque se lo dice, que sea lo que Dios quiera. Nunca se debe mentir, y menos cuando no se hace nada malo. (Entran Felipe y Dolores. Felipe apoyado del brazo de su mujer, muy fatigado).
- MAR. (Cariñosamente). ¿Que tal, que tal vuestro paseo?
- FELI. Mal. Vengo sumamente cansado. La ilusión de la buena tarde y la esplendidez del sol me animaron para hacer un esfuerzo paseando á pie, y tanto andar me ha perjudicado. Voy á ver si en mi cuarto me tranquilizo un poco. (Sale del brazo de Fernando y Dolores se queda con María).
- MAR. (Sin mostrar alegría). Rafael estuvo hace un momento.

- DOLO. Pues tu cara no lo revela, porque más parece de duelo que de fiesta.
- MAR. Es que tuvimos un contratiempo. Estando los dos aquí apareció el duque.
- DOLO. ¡Dios mío, cuando tu padre lo sepa!
- MAR. ¿Cuándo lo sepa? Bien pronto. Dos veces ha estado ya el duque hoy, y la última me parece que se marchó con ánimo de volver sin tardanza. En cuanto venga se lo dice. Ahí están. (Entran el duque del Llano y el marqués de Villa-Blanca, en traje de calle).

ESCENA VI

EL DUQUE DEL LLANO, EL MARQUÉS DE VILLA-BLANCA,
FELIPE, MARIA, DOLORES, FERNANDO, UN CRIADO

- DUQ. ¿Señoras? (Se saludan). Tendrían ustedes la bondad de decir á Felipe que deseo hablar con él reservadamente?
- DOLO. Ahora mismo. (Salen María y Dolores y se despiden del duque y del marqués).
- MARQ. Chico, has estado al borde del precipicio.
- DUQ. Pero la casualidad me ha salvado de caer en él. Esta tarde, cuando marché de aquí sin poder ver á Felipe, me dirigí al Casino. Allí hablaban con gran calor una porción de caballeros desconocidos para mí y que debían ser provincianos, de los desastres azucareros y de la ruina de Felipe. Quise saber lo que hubiera de cierto en las noticias, y me dirigí á casa de unos antiguos amigos míos que están muy al tanto de los asuntos financieros. Efectivamente; me confirmaron cuanto había oído. Felipe ha quedado en la miseria.

- MARQ. ¿Tenía, pues, razón el aldeano?
DUQ. La tenía.
MARQ. ¿De modo que si le sigues la broma...?
DUQ. Perdido, Villa-Blanca, perdido. ¡Y yo que creía cobrar á la vista una letra de cinco millones de pesetas!
MARQ. Y por poco te encuentras con el protesto por falta de pago.
DUQ. ¿Pero quién había de sospechar que Felipe viviese en una situación tan falsa? Yo creía que eso de gastar lo que no se tiene y aparentar por el boato rentas enormes era sólo práctica de las clases linajudas.
MARQ. ¡Cá, hombre! Si hoy la clase de vivos recorre, como el Tenorio en sus conquistas, toda la escala social.
DUQ. ¿Demonio con los vulgarotes mercaderes?
MARQ. Acuérdate de lo que á mí me ocurrió con aquella hija de un banquero que todos lo creyeron millonario, y resultó que el padre, entre los depósitos, que eran de unos, y los valores, que eran de otros, suyo no tenía nada ó casi nada. Y la hija, entre el postizo de pelo y dientes, la labor de retoque, las gasas y los trapos, suyo tampoco tenía nada ó casi nada. En fin duque, que si me descuido, *attrapé*.
DUQ. Y yo excuso decirte. (Pausa). Vaya, ahora demos el pasaporte á estos cursis. El pretesto es magnífico para quedar como un caballero. La novia sorprendida en deliquio amoroso con otro unos días antes de la boda. La honra en entredicho.... Síntomas de..... Nó... Hay que comenzar nuevas conquistas.
MARQ. ¿Y qué remedio te queda? Tú y yo tenemos que buscarnos la vida decentemente, y por cierto, sin culpa nuestra. Si nuestros antepasados, en vez de dejarnos un sinnúmero de armaduras, blasones, pergaminos y tantas y tantas pruebas de nues-

tro esclarecido linaje, nos hubieran dejado mucho oro en pasta, no nos veríamos ahora en la necesidad de dedicarnos á esta clase de aventuras. (Sale Felipe sostenido por el criado, que en cuanto le deja sentado se retira de la escena).

DUQ. (Yendo al encuentro de Felipe) ¿Cómo se encuentra usted, Felipe?

FELI. Estoy mejor. Algo más tranquilo. Sé que antes estuvieron ustedes aquí. No pude verlos. Lo sentí mucho. Ahora me tienen ya á su disposición.

DUQ. Y por cierto que es para algo muy desagradable. (Movimiento de extrañeza en Felipe). Temo dar á usted un disgusto con lo que le diga, pero no me es posible callar.

FELI. No comprendo...

DUQ. Pues permíteme y oiga.

FELI. Hable usted sin temor.

DUQ. Vengo á recoger mi palabra de casamiento. El enlace con María es imposible.

FELI. (Lívido, sumamente afectado y sin poder hablar). ¿Cómo...? ¿Por qué..?

DUQ. No quiera usted saberlo.

FELI. ¡Ah! Acaso han llegado á sus oídos rumores de mi ruina?

DUQ. No. La marcha de los negocios, Felipe, para nada ha influído en mi determinación. El interés no guiaba mis actos. Son consideraciones de otra índole y de mayor gravedad las que originan mi actitud.

FELI. (Sin poder darse cuenta). No sé entonces.....

DUQ. Permítame usted omita los motivos, por no aumentar su disgusto; pero tenga usted la seguridad de que son justificados.

FELI. (Con gran resolución). Dígalos usted. Quiero conocerlos, aunque ello me cueste la vida.

DUQ. Respete usted mi silencio, Felipe. Se lo ruego.

FELI. No. Hable usted; hable usted. No me oculte nada. ¿Qué mayor disgusto puede dar-

- me que el que me proporciona esta incertidumbre? Se lo exijo.
- DUQ. Sea. Hace poco, cuando volví para hablarle, y antes de que viniera usted de paseo, en esta misma habitación, encontré á María, á la que dentro de unos días iba á ser mi mujer, sola con un hombre. Su novio.
- FELI. ¡Oh! No es posible.....
- DUQ. Tuvimos una escena desagradable. Salí de aquí muerto de pena, pero con firme propósito de romper mi compromiso. Mi nombre había quedado mal parado. Mis relaciones eran ya imposibles.
- FELI. (Con honda pena y llorando amargamente). ¡Pero será verdad! (Esforzándose y dando grandes voces). María, Dolores, María. (Entran María, Dolores y Fernando, los tres con mucho temor. Con mucha energía). ¿Es cierto que Rafael ha estado hoy aquí contigo?
- MAR. (Arrodillándose á los pies de su padre y llorando). ¡Padre, perdóname!
- FELI. (Tapándose la cara con las manos y sollozando como un niño). ¡Dios mío!
- MARQ. (Aparte al duque). ¿Vámonos, duque?
- DUQ. Sí; es lo más prudente. (Salen el duque y el marqués).

ESCENA VII

FELIPE, MARÍA, DOLORES, FERNANDO, UN CRIADO
Y UNA CRIADA

- FELI. (En un momento de gran excitación, con mucha fatiga y realizando un poderoso esfuerzo). ¡Ya estaréis satisfechos! ¡Está completa vuestra obra! La obra de los buenos, la obra de los que

se desviven por sus semejantes, la obra de los despreciadores de la riqueza. (Pausa). ¡Si eso hacen las sencillas palomas ¿me hubiera ido peor rodeado de víboras? (Pausa). ¡Ah! Si fuérais de puerta en puerta mendigando el sustento para que viérais prácticamente la caridad del prójimo. (Aumenta la fatiga). Acercáos más. ¡Dios mío, no os veo! Dadme aire... ¡Ah! María, Dolores, Fernando... Me muero. Tened compasión de mí u-na vez si-qui-e-ra. (Inclina la cabeza en la butaca sin poder pronunciar más palabras. María y Dolores llaman á los criados que salen precipitadamente en busca del médico y un sacerdote).

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, Y RAFAEL

(María, Dolores y Fernando rodean á Felipe que acaba de morir en la butaca. Las mujeres están arrodilladas y llorando sin cesar. Rafael aparece en la puerta y entra poco á poco sin hacer ruido y visiblemente impresionado, pronunciando en el camino las siguientes palabras y colocándose al lado de María).

RAF. VÍ salir precipitadamente á los criados.....
¿Qué? ¿Ha muerto?

MAR. (Con expresión de gran dolor). ¡Sí...! ¡Padre de mi alma! (Se levanta y estrecha con mucho cariño la mano de Rafael). Para él (señalando á su padre) la riqueza era la vida. Le faltó la riqueza y ha muerto.

RAF. Para nosotros, la riqueza era la muerte. Desapareció la riqueza..... y comienza nuestra vida...

TELÓN LENTO



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

